

Ellos no se preguntan. Cantan, rugen, se aman, colmados de sí mismos —esplendor y deleite—, fatigando las selvas o ilustrando las plazas de su fulgor, espléndidos e ignorantes a un tiempo de su propia hermosura, pues la dicha del ser es inconsciente y pródiga como un cuerpo lozano que no se extraña nunca de su propia abundancia, o el mar que no se admira de sus olas crecientes ni se duele tampoco de sus aguas vencidas.

La armonía de sus pasos nos viene de muy alto tal rocío que perla sus elásticos miembros. Son la gracia del mundo, su pureza, su fuerza, que la gloria de Dios cantan por las praderas.

Otras veces reposan, y la vida, más honda, se remansa en sus ojos, claros lagos sin niebla, y el mundo en sus cristales más radiante se copia, más esbelto y cernido, como un alba inocente. Por ello son la aurora, y el instante, y el cántico del azul en los aires como un agua que rompe.

Cuando mueren se tienden lentamente, sin ruido, bajo el árbol benigno o al calor de la lumbre, y Dios, desde su nube, les sonríe satisfecho, y acaricia sus testas con su gran mano blanca; y despunta otra aurora, y despiertan de nuevo, y amanece otro día

y con la luz renacen.

Poemas

Como si París no fuera
la ciudad ingrata en que Vallejo se moría
y no hubiera una lluvia
golpeando a todas horas las ventanas.
Como si no tuviéramos demasiado rumor acumulado
y éste fuera el día libre, alegre,
que queríamos.
Como si ahora llegara el amor nuevo,
y no el cansancio de tantas despedidas.

Y como si París, en fin,
pudiera seguir siendo una fiesta,
no la ciudad hostil en que Vallejo
y Cortázar se morían.

Poemas morales

I

No hay trébol de cuatro hojas.
Y tú lo buscarías,
para qué
inútilmente.
Y aun cuando alguno hubiera,
y el azar, cualquier día,
lo acercara a tu mano,
sabrías darte cuenta:
precisamente,
los tréboles perfectos
sólo tienen
tres hojas.

II

Contra el arco del cielo
todo beso se vuelve inevitable.
No hagas vanos propósitos:
ninguno durará bajo la luz de Sirio.

POEMAS

Aurora Saura

Vermeer, la muchacha de la perla

No dejes de mirarme:
ahora que me aparto,
cuando creo que me estoy alejando
y me detengo aún
en tu oreja que brilla,
temo que otra llamada
te traiga desde ahí dentro,
y se te ocurra, de pronto, volverte
hacia ti misma.
Temo que se me escape la turbadora
certeza de esos ojos
que aguardan tenazmente
y nos abarcan.
Y temo que con ellos
se desvanezca el día,
y estos muros, y todos los objetos
que llamamos reales.
Y ya no encuentre
en dónde quedo yo, ahora
que el ser que tengo
depende tan absoluta, tan exactamente,
de la mirada
con que me señalas.